



## LA QUINTA DE LAS MUJERES

*Donde se verá la exposición que piensan dirigir las solteras al Ministro para que les conceda el ir á la guerra, á ver si de este modo encuentran maridos.*

Al ver que se van llevando  
á la guerra con empeño  
á toda la juventud  
honra del hispano suelo,  
las solteras (que son muchas)  
una tarde decidieron  
tener una reunión  
y ver de común acuerdo  
el modo más eficaz  
de poner al mal remedio,  
pues miran que el matrimonio  
ha perdido todo el pleito;

suceso que á todas ellas  
las ha afligido en extremo.  
Allí reunidas todas  
las que lograr no pudieron  
que las alumbrara un día  
la antorcha del himeneo,  
armaron tal algazara  
y tan infernal estruendo,  
que nada en limpio sacaron  
de todo cuanto dijeron;  
hasta que una morenita  
de ojos rasgados y negros,



de los que abrasan al alma  
con sus miradas de fuego,  
dominándolas á todas,  
exclamó con firme acento:  
«Amigas y compañeras:  
yo la primera confieso  
cuán justas son vuestras quejas,  
y pues yo las mismas tengo,  
permitidme que os exponga  
mi humilde pensamiento;  
y si todas lo aprobáis,  
como supongo, os prometo  
que hemos de encontrar marido  
dentro de muy poco tiempo;  
y no os quepa duda alguna,  
que hasta elegirle podremos.»

Al oír estas palabras  
todas guardaron silencio,  
y la morena al notar lo  
continuó así diciendo:  
«Ya habéis visto cuántas quintas  
se sacan hace algún tiempo,  
y cómo se van llevando  
todos los mozos solteros,  
sin que nos dejen aquí  
ninguno para un remedio.  
En un principio siquiera  
libres de ellas estuvieron  
los que inútiles se hallaban,  
más hoy los flacos y entecos,  
los sordos y los tullidos,  
y hasta los tontos y viejos,  
los vemos entrar en filas  
llenos de entusiasmo bélico,  
y nosotras nos quedamos  
viendo por dónde partieron  
y dando tiernos suspiros  
que no tienen ningún mérito,  
porque ellos no nos devuelven  
los novios que se nos fueron.  
Y pues la guerra no acaba  
y se va pasando el tiempo,  
y tan sólo conseguimos  
el irnos envejeciendo,

yo hallo lo más oportuno  
solicitar del Gobierno  
una quinta de mujeres  
en la que todas entremos,  
y dando pruebas al mundo  
de nuestro valor inmenso,  
aprendamos á batirnos,  
sin que nos infundan miedo  
ni el silbido de las balas,  
ni el fulgor de los aceros;  
y en medio de los combates  
nuestro heroísmo mostremos,  
dando al aire la bandera  
de nuestro bendito pueblo  
y en ella escrita esta frase:  
*Amor se encierra en mi pecho.*  
No ganaremos acciones,  
mas maridos sacaremos,  
y cuando la guerra acabe  
y á nuestro hogar regresemos  
después de haber conquistado  
lo que ansiamos con empeño,  
podremos decir dichasas  
que si maridos tenemos  
nos les dió nuestro valor  
y nuestro heroico esfuerzo.  
Así, ¡hurra, compañeras!  
sin tardanza conquistemos  
cada cual lo que desea  
y ese será nuestro premio.»

Después que con entusiasmo  
todas el discurso oyeron,  
se decidió que la súplica  
que había de ir al Gobierno  
la escribiese la morena  
y la firmarían luego  
todas las que allí presentes  
había en aquel momento.  
Mas aquélla, que sin duda  
contó con aquel acuerdo,  
sacando de su bolsillo  
un papel de los del sello,  
dijo: «Aquí está redactada  
con tan eficaces términos,



que no dudo nos concedan  
al punto lo que queremos.  
Mas por si acaso á vosotras

se os ocurriera algo nuevo,  
escuchadme, la leeré  
si todas guardáis silencio:

## EXPOSICIÓN

A Su Excelencia, señor,  
humildemente rogamos,  
cuantas solteras estamos,  
que nos conceda un favor.

No le pedimos marido  
que nos conduzca al altar,  
ni le vamos á rogar  
nos dé un novio decidido.

Sólo queremos pedir,  
y esto á ninguna la aterra,  
que para acabar la guerra  
nos lleven á combatir.

Ya que quintas á porfía  
sin cesar se están sacando  
y solas nos van dejando  
sin ninguna compañía,

Queremos sufrir la suerte  
que á ellos les pueda caber,  
pues bien puede una mujer  
ser como el hombre más fuerte.

Por eso á Vuestra Excelencia  
humildes hoy recurrimos  
y una quinta le pedimos  
¡y con muchísima urgencia!

No le detenga, señor,  
la poca ó la mucha edad,  
pues nuestra gran voluntad  
nos dará á todas valor.

Y cuando llenas de afán  
al enemigo busquemos,  
al punto que le encontremos  
sus armas nos rendirán.

Pues más que puedan lograr  
cien mil ametralladoras

nuestras gracias seductoras  
de ellos podrán alcanzar.

¿A qué más sangre verter?  
¿A qué con encono y saña  
se ha de dejar en España  
más tiempo la guerra arder?

Dejad, señor, que vayamos  
á luchar en buenas lides;  
seremos los adalides  
que á España la paz traigamos.

Allí será nuestro lema  
el de triunfar ó morir,  
sin que ni una al combatir  
halle un peligro que tema.

Pues es tal el ardimiento  
que en nuestros pechos se abriga,  
que de la hueste enemiga  
triunfaremos al momento.

Así, pues, sin dilación  
nuestra quinta decretad  
y podamos con verdad  
formar algún batallón.

Ningunas jefes serán,  
todas de soldados vamos,  
mas do quiera que vayamos  
oficiales nos darán.

Y pues no es el ascender  
el móvil que allí nos guía,  
nuestro arrojo en este día  
debe mérito tener.

Así, señor, en Vucencia  
las firmantes confiamos  
y su decreto esperamos  
con la mayor impaciencia.



Es gracia que en el momento  
ansiamos ver conseguida,  
rogando á Dios que su vida  
guarde por años sin cuento.»

.....  
.....

Apenas á la lectura  
término dió la morena,  
todas batiendo las palmas  
de noble entusiasmo llenas  
el memorial celebraron,  
y nombraron satisfechas  
una comisión que al punto  
ir con su autora pudiera  
á dar la solicitud  
al ministro de la Guerra.  
Y cuentan que éste, cediendo  
á la petición de aquéllas,  
piensa decretar la quinta,  
pues es justo que así vean  
ellas su empeño cumplido;  
y puesto que así se quejan  
porque á luchar no las mandan,  
que vayan como desean  
á batir al enemigo;  
que avancen á las trincheras  
y que conquisten laureles  
para que con ellos puedan  
conquistar también maridos,  
qué rendidos por sus prendas  
las conduzcan al altar  
para darlas recompensa  
por su extremada bravura  
y por sus hechos de guerra.  
Hoy que con tal entusiasmo

se nos ofrecen las bellas  
aprestándose á la lucha  
como valientes guerreras  
y demostrando un ardor  
que apagarlo no hay quien pueda,  
vemos que con tal motivo  
de la aguja no se acuerdan  
y las máquinas olvidan  
como olvidaron las ruelas.  
Ya no hay quien haga camisas,  
ya no hay quien cosa calcetas,  
ni habrá quien lave ni friegue,  
ni habrá quien guise siquiera,  
pues tienen tal entusiasmo,  
que quieren, hasta las viejas,  
marcharse con un fusil  
á tomar parte en la guerra.  
Por eso de noche y día  
se ve por ahí tantas hembras  
que sus armas esgrimiendo  
se instruyen noches enteras  
en ver el modo mejor  
de lucirse, porque puedan  
con su valor y entusiasmo  
ganar honrosas diademas.  
Así, valientes soldados,  
pues ellas en triunfar piensan,  
ayudadlas con ardor;  
y pues os ayudan ellas,  
así que la dulce paz  
por siempre lograda sea,  
rendid vuestros corazones  
y por justa recompensa  
en premio de su valor  
quitadlas de ser solteras.

Madrid. — Despacho: Arenal, 11, librería.